



El Ing. Gastón Baquero, jefe de Redacción del DIARIO DE LA MARINA, en su mesa de trabajo.

## Cómo vive y trabaja el Ing. Gastón Baquero

*200*  
*sep 12/54*

Por Octavio R. Costa

CON treinta y siete años. Es una vida levantada desde la humildad de una infancia, transcurrida en Banes, hasta la consagración prematura que hace a don José Vasconcelos decir que Gastón Baquero es una de las conciencias de América. Es una monumental anatomía, una fuerte complexión, una plástica facial poderosa, unos ojos relampagueantes, una palabra que tiene tras el grave timbre las más suaves tonalidades. Y es una casa de la calle 15, en el Vedado, ancha, clara, acogedora, porque la preside, el ademán sencillamente provinciano, la sonrisa franca, la limpia mirada de la madre del escritor.

Con ella y con su hermana gemela, y con una hija de ésta, y con su abuela, en puro ámbito familiar, transido de asistidora ternura, vive Gastón Baquero, gustando y gozando los encantos de

la vida casera. Disfrutando de la comida que especialmente para él confeccionó la madre. Escuchándole sus cuentos. Esquivando las agresiones con que exhibió su cariño esa gran perra, blanca y pintada de negro, que es "Cleopatra", y que es, naturalmente, una persona más de la casa. Un pariente que no es menos pariente que cualquier otro.

Y por todas partes cuadros de pintores cubanos contemporáneos. Por dondequiera un Ponce. Y en uno y en otro lado la geométrica presencia de Portocarrero. Aquí un sereno rostro femenino trazado por Víctor Manuel y cerca unos aguacates de Amelia Peláez. Sobre todo está una virgen de Mariano, y entre tanto siglo veinte un lienzo que parece del Greco, que tiene la marca de su genio, y que, por lo pronto, está probado que tiene su tiempo.

Sobre una mesa de la sala un pequeño bronce, de impresionante contorsión, salido de las manos po-

**IPD**  
PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA



6 2

LA HABANA

4910001

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA CIUDAD, EDIFICIO DEL CONDE DE LONDRES, PLAZA DE LA CATEDRAL, TELÉFONO A-5228

derosas de Estopinán. Es el caballero de la muerte, dándole vida a la inercia de la materia. Y a su lado una foto de José Ignacio Rivero y Hernández.

Un raro sillón chino, de repujada y afiligranada madera, trae la presencia de la filosofía asiática, esa que purifica la carne a través de las incomodidades materiales, a esta pictórica asamblea que es la casa de Gastón. Porque no es un silencioso museo, en el que los lienzos están ahí colgados y ajenos al transcurrir de la vida familiar. Más allá de sus marcos, los seres trazados por Ponce o Víctor Manuel, son también gente de la casa.

Y allá al final, la habitación del periodista. ¡Qué reguero de libros...! Es lo primero que se mete por los ojos. Sobre una silla, sobre la mesa de noche, sobre todos los muebles. ¡Pero qué sencillez! Y sorprende, porque se sabe cómo estos diez años han sido para Baquero de firme ascenso en todo y cómo se mueven sus manos gastadoras y generosas.

Ni un solo lujo. Pero eso sí, cuadros y más cuadros de nuevo. De los mismos artistas: Ponce, Portocarrero, Amelia Peláez. Y la cerámica de dos auténticos gallos chinos. Y una reproducción de la página que Lincoln immortalizó en Gettysburg. Y una estatuilla de San Juan Bosco.

Y otro sillón chino, el gemelo del que existe en la sala. Y una máquina de escribir eléctrica, en la que Gastón, sentado junto a la cama, teclea sus **Panoramas** y editoriales.

Los libros que están aquí en el cuarto son los de su actual lectura. Son las obras completas de Lorca, que, sin mutilación alguna, ni siquiera en el **Romancero**, acaba la casa de Aguilar de echar a los caminos del mundo, como en una nueva aventura del poeta de Granada. Son las cartas de Rilke. Es el Rubén Darío que ha publicado Juan Antonio Cabezas, el biógrafo de Clarín. Es un libro sobre Talleyrand y otro sobre el nuevo Japón. Evelyn Wangh, Greene, Valery, Alfonso Reyes, José Vasconcelos, Borges, Camus, Sartres, Heidegger.

Y al lado el despacho. Ponce de nuevo. Y Portocarrero. Y el óleo colosal en que Bueno Echevarría dejó la imagen de Pepín Rivero. Y láminas de Landaluze. Y muchas cosas más. Y sobre la mesa, toda cargada de libros, un busto de Goethe. Y Goethe otra vez sobre un estante, pero en todo su cuerpo. Y sus obras, en las que recalca todos los días Gastón para leer aunque sean dos líneas.

—o—  
A las ocho de la mañana está despierto, pero no en pie. Porque en la cama lee hasta el momento en que, sobre las once, tiene que salir para el **DIARIO**. Lo primero

son los periódicos, en cuyas páginas se detiene lo imprescindiblemente necesario. Por razón de su oficio y de su responsabilidad tiene que vivir perfectamente informado de cuanto ocurre en el ámbito nacional y hasta más allá de los linderos insulares. Pero, con una intuición que no falla, él sabe siempre a dónde tiene que clavar la mirada y posar la atención. Sobre todo lo demás apenas si resbala la negrura escrutadora de sus ojos, los ojos que son como las garras poderosas de una mente sólida, absorbente, equilibrada, metódica, abierta siempre a todos los conocimientos, a todos los sucesos del mundo. Es una ventana sin puertas y es un arsenal.

Tras esta primera lectura, a escribir —"lo menos posible", dice— si hay que escribir, el **Panorama**, la columna que tiene Gastón en la página cuatro, y que es como un puesto sensible a todo. Por sus párrafos desfila toda la vida. Lo mismo un acontecimiento de resonancia universal, que un problema local, sin importar su índole. Lo mismo una sombra histórica bajo el signo de un aniversario que un escritor de jerárquico renombre. Nada le es ajeno al espíritu de Baquero, que vive como si estuviera en el corazón del mundo, en medio de la humanidad, con la sensibilidad abierta a los cuatro puntos cardinales. Lo grande y lo pequeño. Lo político y lo literario. Lo mismo da un problema obrero, que una cuestión fiscal, que un libro, que una exposición, que Mozart. Ni espacio, ni tiempo, ni índole, ni clase; todo lo humano, toda señal de vida, toda manifestación del espíritu, toda presencia del hombre. Del hombre como tal. ¿No fue Unamuno una de sus grandes pasiones? ¿No estuvo durante cinco años metido en su mundo hasta comprender que le sembraba demasiadas anarquias en el ánimo?

Y del **Panorama** a la lectura, porque a Gastón le gusta más leer que escribir. La prosa no es su vocación. Es el gaje del oficio. Y el oficio es la imposición de la vida, es la fuerza del deber, es la angustia de la responsabilidad. Por eso no recoge nada de lo que escribe, ni le interesa salvar ninguna de sus páginas. "No me gusta escribir —dice—; lo hago por obligación y por cumplir con mi deber". Cree que no ha escrito ni una página que merezca salvarse. "Si acaso, algún verso suelto, pero nada más".

  
PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA



Y lee de todo, libro tras libro. Mientras no termina uno, no comienza otro. Y lee, como el viejo vasco de su admiración y su cariño, sin dejar huella en las páginas, que quedan intactas y pulcras. Lee versos, novela, teatro, filosofía, ensayos de todo tipo, política, reportajes e informaciones sobre la vida actual, sobre la marcha del mundo. Está en tierra, en la hora presente, y en ese mundo intemporal de la más pura creación literaria. Todo le interesa. Todo le trae un mensaje. Todo colma una curiosidad. ¿No se entusiasmó acaso gozosamente en los días universitarios cuando estudiaba una carrera tan ajena a su temperamento como la de Ingeniería Agronómica? Si encontró poesía e interés en los textos que hablaban de la patología botánica, ¿cómo no van a herir su fina sensibilidad un libro que traiga la angustia de un poeta, una novela que trace el cuadro de una Europa devastada, un drama que recoja una complicidad de la atormentada psicología del hombre actual? De las páginas de Thomas Merton pasa a las periodísticas de Krarup. Y de ellas recalca a sus dioses permanentes. Es Lezama entre la gente de Cuba, a quien considera el más grande poeta cubano de todos los tiempos. Es Vallejo en las tierras de América. Son numerosos los poetas españoles que admira. Y Eliot, y Peggy, y Claudel. Y no puede olvidarse la poesía de Paul Eluard, y la de Daylan Thomas.

Todos son poetas, y es que la poesía es la raíz, la entraña, el fuego, el soplo vital, la ilusión de Gastón Baquero. Eso es él, y nada más según él: un aspirante a poeta. La vida, que es un fenómeno económico, aunque sea también otras cosas, lo llevó a la redacción del periódico "Información" a hacer traducciones porque nada podía hacer con su título de Ingeniero Agrónomo y había que traer a la madre de Banes, a esa noble y sacrificada mujer que había envejecido, antes de tiempo, sin mustiársele la sonrisa, en el trabajo, en la escasez, en el sacrificio. Su vocación literaria, su talento, lo hicieron articulista. Y triunfó, y ganó el "Justo de Lara" y luego, muerto Pepín Rive-ro, al DIARIO. Y en el DIARIO

ha llegado a una jefatura de redacción que absorbe todas sus energías y todos sus afanes. Una función que lo exalta y lo absorbe. Que lo redime y lo pone en servi-dumbre. Que le pone holguras en la mano y que le aprieta el corazón.

Es en este corazón apremiado donde está el poeta, el poeta que Baquero quiere ser, y sueña ser, y no puede ser, porque la vida, el deber, la responsabilidad, lo empujan por otro lado. Si se le pregunta qué ambiciona, contesta

que un milagro. El milagro de poder salvarse. La salvación que para él es volver a la poesía. "Me quedé inédito", dice con una media sonrisa llena de melancolía.

La poesía es su sueño y su tormento, su ideal y su angustia. Está en ella y no puede estar en ella. Y de tanto querer estar en su ámbito, en su mundo, se ve ausente, lejano. Se ve traidor. Como un evadido de lo más genuino y cierto de su personalidad.

Es como su asiento físico y es su ambición. La siente en lo más concreto de su carne y la ve como algo inasible. Por eso ninguno de sus poemas lo colma. Sus amigos le incitan a recoger todo lo que anda disperso, y él no quiere. Tendría que volver a las estrofas. A hacerlas de nuevo, a meter dentro del verso el hombre que es hoy, quitando el espíritu que se fué con el fluir de los días.

—o—

Está en su despacho de la calle 15. Habla con una palabra incontentida. Sus ojos se posan en un lienzo de Carlos Enriquez. Enseña un viejo y sucio machete mambí, en el que ve sustancia de la patria. Y esto —dice— es la realización de un ensueño de la infancia. Es un cris malayo que compró en Holanda. El cris perseguido a través del tiempo desde las lecturas lejanas de Salgari.

Y habla del sentido de la historia y de la presencia de Dios en el curso del tiempo y en la orientación de todos los sucesos humanos. Y evoca la vieja alianza. Y la otra que se consumó con la llegada de Cristo. Y con palabra firmemente, profundamente convencida, explica cómo el hombre traicionó a Dios y se está en vísperas de una verdadera catástrofe. Es el castigo necesario, imprescindible, para poder salvar al hombre. Y se mete por los meandros de la Revolución Francesa y por los vericuetos de la rusa para ver en ambas la presencia de Dios en busca de equilibrio humano por medio del temor. La sabiduría divina, la infinita bondad del Padre, siempre anheloso de rescatar a los hombres, de asistirlos en los trances más negativos y desastrosos.

Sin sectarismo, con la imparcialidad de su cultura, con el dominio de un sabor amplio, seguro, cernido, firme, ordenado, un saber que asombra, revisa y valora las corrientes del pensamiento, las posturas religiosas, el drama entero en el que el hombre se mueve. Y sin sustos, serenamente, está convencido de que pronto llegarán días apocalípticos.



PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA



Mientras, en la medida de sus posibilidades, él dice su verdad. Escribe a regañadientes, pero con la sinceridad de un hombre que no puede traicionar sus convicciones, aunque éstas choquen con las ideas que están de moda y corren de mano en mano. El tiene una fe, tiene una actitud, siente dentro de sí una responsabilidad, y no puede falsificar su propio pensamiento. Por eso se le ve siempre tan de la mano de Dios.

—o—

Al DIARIO sus mayores afanes. Desde las once hasta las dos, hasta las tres. A despachar con el director, a cambiar impresiones con los editorialistas, a dar instrucciones, a orientar. En todo está presente, con tino y con desvelo. Es un mundo difícil y complicado la intimidad de un periódico. Y en esta intimidad del DIARIO está la presencia de Gastón Baquero. Una presencia sencilla, cordial, modesta. Sin petulancias ni vanidades.

Después del almuerzo, que es casi siempre en la casa, si un compromiso no lo lleva a un restaurant, al DIARIO de nuevo. Y por la noche otra vez más. No es posible desentenderse de nada. Ni de lo grande ni de lo pequeño. Lo mismo hay que vérselas con un juicio editorial, que con una foto, que una simple noticia.

Es una cotidianidad tirana, absorbente. Pero al margen de ella, y en todos los momentos libres, la lectura constante e indefinida. Libros y revistas tiene Gastón por todas partes. No hay más que verle el automóvil. Y mientras va de un lugar para otro, lee el último libro que ha comprado o la últi-

ma revista que le ha llegado de Francia o de España.

Pero flota sobre todo. Y está presente en una función de ópera, de teatro o de ballet, en un concierto, en una exposición, en una conferencia. Aquí habla de Poe y allí de Ponce. O ahora es una evocación de Juan Gualberto con motivo del centenario de su nacimiento. Y cuando llega el fin de semana, la evasión, la huida a lo recoleto de un paisaje en que están, para su disfrute, los cuadros mayores, y los libros sobre música y poesía, y la discoteca que es su orgullo, y que cuesta más que los libros. Si la poesía es su vocación, su pasión es la música. Toda la música. Lo mismo la de ayer que la de hoy. Esto es una característica de su sensibilidad, de su temperamento, de su personalidad. "No cerrarse a nada, no tener prejuicios, conocer y aprender" es su lema. Toda la música, pero sobre todos los grandes y sobre todos los gustos y las preferencias, el gran Mozart, el más musical de los músicos, el Mozart discreto, púdico y digno que muere de frío mientras escribe una de sus grandes obras y no lo dice. No lo transparenta. No lo llora con la nota plañidera que le quita grandeza a tantas otras creaciones.

—o—

Una juventud triunfante. Una devoción sin límite a la madre, que es para él una institución. Una vida en permanente quehacer. Una vocación lírica que flota sobre una dolorida frustración. Un hombre en militancia periodística y en trajín de cultura. Una dramática preocupación por la suerte y el destino del hombre. Una constante conversación con Dios. Así es y así vive y trabaja Gastón Baquero, el periodista en quien ha devenido el niño que en Banes estuvo a punto de naufragar por la necesidad de ocuparse precozmente en los más difíciles menesteres.

*M. sup. 12/54*



PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA